



## La Pedagogía en Kant. Una exégesis de su libro Pedagogía

**Fraño Paukner Nogués**

Kant ha sido, sin duda, uno de los filósofos más importantes de la historia del pensamiento occidental. Su tratamiento de los problemas más inquietantes de la filosofía es agudo, profundo y genial. De la mano de Kant, la filosofía, en términos absolutos logra elevarse y superar, en términos relativos, la ingente arremetida de la, para algunos, explosiva y mortal mezcla de racionalismo francés y empirismo inglés.

Da la impresión de que Descartes, Malebranche y Leibniz, por un lado y Bacon, Locke y Hume, por otro, le han declarado la guerra a la metafísica y la filosofía alemana reacciona buscando raíces profundas y cimientos sólidos para refundar el edificio intelectual europeo. Los trabajos que Kant realiza, con este propósito, en el ámbito de la epistemología, la ontología, la ética y la estética son bastante conocidos. Empero, sus reflexiones sobre educación y, más específicamente, sobre pedagogía, son poco conocidas y su libro Pedagogía, poco leído.

En este libro, breve y apretado de conceptos, hay tal cúmulo de ideas que resulta difícil y, hasta irrespetuoso tratar de resumirlas. Casi como aforismos, Kant nos expresa ideas profundas sobre educación, pedagogía, ética, política, psicología, sociología y, sobre todo, acerca de la vida diaria, de la vida cotidiana sencilla y uniforme que la mayoría llevamos y, en donde, cómo único y exclusivo lugar, nuestra educación se debe lograr y expresar. Los biógrafos suelen decir que los hábitos de Kant seguían tal regularidad que la gente de Königsberg ponía los relojes en hora al verlo pasar. Esto, sumado a la estructura monolítica de sus libros, nos hace pensar que Kant era un hombre frío e indiferente, un intelectual de pensamiento elevado y poco dado a las cosas del mundo. La verdad, al parecer, es muy otra. Kant era un hombre amable y bondadoso que disfrutaba la vida y las relaciones humanas como el que más. Era partidario de mantener, a toda costa, el buen humor y solía divertir a sus amigos haciendo parodias e imitando acentos extranjeros.

Sus reflexiones sobre la educación y la pedagogía nos muestran un profundo conocimiento del mundo y de la vida, así como la absoluta convicción de que la educación debe ordenarse a mejorar ese mundo y esa vida. La educación permite que el hombre se arme de principios con los cuales guiar a la razón en la vida cotidiana.

Empero, Kant fue, como todos, hijo de su época y sus categorías de análisis fueron las que recibió y acuñó, y no otras. En las reflexiones de Kant sobre pedagogía se pueden ver, claramente expresadas, tres vertientes.

- Los valores de la Grecia clásica, especialmente en lo que dice relación con el ideal humano que cultivaba. Kant piensa que el hombre sólo se acerca a la perfección por la educación y es partidario del hombre integral, con una educación miscelánea y orientado a la vida social.
- Los ideales de la Ilustración, es decir, su absoluta confianza en la razón humana y en la independencia y capacidad de autocontrol a que el hombre puede llegar cultivándola.
- Los ideales educacionales del naturalismo de Rousseau contenidos en el Emilio, publicado en 1762.

La adhesión kantiana a estos referentes puede quedar clara si tomamos en cuenta que, según nos dicen los cronistas, sólo dos veces Kant se salió de la metódica rutina que marcaba sus días: cuando la lectura del Emilio lo absorbió y cuando esperó la prensa francesa para conocer detalles de la revolución.

Las ideas educacionales y pedagógicas de Kant expresadas en el libro *Pedagogía* se pueden entender bien si se sigue la estructura misma del libro. Kant empieza sus reflexiones planteando la estrecha relación que existe entre la educación y la naturaleza humana, dado que la educación es privativa del hombre y tras ella se encuentra el secreto de la perfección humana. Esta educación se desarrolla en un continuo en virtud del cual se concibe como un arte en el que cada generación educa a otra y mejora lo hecho por la generación precedente. Los hombres ilustrados deben ser los gestores de la educación en función de lograr una persona:

- Disciplinada: poseedora de una humanidad sin animalidad
- Cultivada: dotada de instrucción y enseñanza
- Prudente: con desarrollo de la civilidad
- Moral: con capacidad para adecuar fines y medios

Kant piensa que la buena educación comprende la disciplina y la instrucción y se plantea duramente frente a la carencia de ellas. El que no es ilustrado es necio, el que no es disciplinado es salvaje. En lugar de salvaje se puede decir también bárbaro y la barbarie es la independencia respecto a las leyes, es decir, la libertad sin ley. Para Kant, la libertad consiste en el sometimiento humano a los preceptos de la razón. Esto significa algo que podría sonar paradójico, pero que tiene un inmenso valor educacional: se requiere la coacción para aprender a ser libre y esto significa, en última instancia, desarrollar las disposiciones para el bien.

Hay, por lo tanto, una estrecha relación entre educación e inteligencia. Educarse es, en definitiva, aprender a pensar y este pensamiento debe expresarse en la consecución de un estado mejor. Esto implica que la educación debe estar referida más al futuro que al presente. En este punto Kant critica a los padres y a los príncipes por tener lo que podríamos llamar una actitud inmediatista y cortoplacista referida sólo al presente, aunque sea corrupto. Esta actitud se demuestra cuando los padres sólo piensan en la prosperidad de sus hijos en el mundo y los príncipes en utilizar a sus súbditos como instrumentos de sus deseos.

La pedagogía o teoría de la educación es una disciplina que puede ser física o práctica. La pedagogía física se refiere a los cuidados y la práctica o moral al uso de la libertad. Ésta comprende la formación escolástico-mecánica, la formación pragmática y la formación moral.

Con respecto a la formación física, Kant comienza sus reflexiones con interesantes sugerencias sobre la alimentación infantil. Destaca las bondades de la leche materna como alimento fundamental y aconseja evitar las cosas excitantes, así como las bebidas calientes y el frío y el calor excesivos. También recomienda los juegos como una ejercitación de habilidades y sentidos.

A propósito de lo que podríamos llamar "educación para el desarrollo", Kant propone que la primera educación sea negativa, es decir, no añadir nada a la naturaleza. Simplemente no perturbarla. Esto significa que ciertos aprendizajes, como el aprender a caminar, deben ser dejados a la lógica de la naturaleza. Aludiendo claramente a Rousseau, Kant plantea evitar el uso de artilugios y dejar que la naturaleza siga sus propios algoritmos. Para que un niño aprenda a caminar, no hay que usar ni andadores ni carritos sino dejar que el niño gatee, luego camine afirmándose en los muebles y así, poco a poco, gane confianza y destreza hasta lograr caminar por sus propios medios. En este y en otros casos, el objetivo final es que el hombre pueda bastarse a sí mismo.

Continuando con su reflexión sobre la educación física negativa, Kant plantea algunas cosas sobre la formación del carácter en los niños. A los niños no hay que malcriarlos volviéndoles caprichosos, pues la primera forma de corrupción que se puede dar es acceder a la voluntad despótica del niño. Una vez más, vemos en las reflexiones de Kant la huella de Rousseau, toda vez que en el Emilio se lee un pasaje que perfectamente puede ser tomado como el aforismo que resume el libro completo. En él, Rousseau plantea una pregunta capital: ¿Quieres hacer infeliz a un niño? Entonces dale todo lo que te pida.

Al finalizar esta parte de sus reflexiones pedagógicas, Kant plantea que la formación de hábitos es perjudicial porque restringe la libertad, es decir, mientras más hábitos menos libertad. Sin duda que esto suena a paradoja viniendo de un hombre que se caracterizó, precisamente, por su temperamento rutinario y metódico. Al especular sobre la vida cotidiana de Kant no puede uno dejar de pensar en Phileas Fog, el héroe de *La Vuelta al Mundo en Ochenta Días*, de Julio Verne. Recordemos que Passepartout, el valet que lo acompaña en la aventura, llegó a su servicio luego de que Phileas Fog había despedido a su anterior empleado porque el agua para afeitarse que debía llevarle todas las mañanas a las 8:17, se la había llevado el día anterior a una temperatura de 45 grados y no a los 43,5 que era lo estipulado.

Hablando luego de la educación física positiva, nuestro autor plantea que esta es la cultura, es decir, lo que nos distingue de los animales, distinguiendo aquí dos tipos de cultura. La cultura del alma, que es fundamentalmente física y la cultura práctica o pragmática que consiste en la moralización. La cultura del espíritu debe dirigirse a las facultades superiores y abocarse al desarrollo de la inteligencia. Esto supone el fin completo de la educación, a saber, la cultura general de las facultades del espíritu, lo que se daría en el ámbito físico o moral y la cultura particular de las facultades del espíritu, tales como los sentidos, la imaginación, la atención, el ingenio y sobre todo, la memoria. Con respecto a este último punto, Kant hace una extensa apología de la memoria como facultad a cultivar, pero restringida a las cosas cuya conservación valga la pena y tenga relación con la vida real. Aquí Kant entra en una reflexión metodológica sobre el cultivo de la memoria sin olvidar la inteligencia y sugiere ejercitarla con nombres, con narraciones y con el aprendizaje de la botánica y la física.

Con respecto a la cultura moral, Kant plantea que a los niños se les debe inculcar pronto los conceptos de bueno y malo, ejercitando la atención y la paciencia. La cultura moral debe basarse en las máximas y no en la disciplina, es decir, los niños deben aprender a estar sujetos a una cierta ley de necesidad universal. El deber es la obediencia a la razón. A estas alturas de nuestra revisión del trabajo de Kant se hace necesario que nos detengamos para reflexionar un momento sobre los referentes de esta propuesta, que no son otros que los supuestos de la Ilustración. Kant es partidario de una educación miscelánea y racionalista, unido al ideal cortesano del cultivo del buen gusto. El hombre educado es culto y refinado, racionalmente independiente y capaz de autorregular su conducta por la sola aplicación de reglas generales, esto es, principios y máximas cuya última referencia es la razón.

Por último, hablando de la Educación Práctica o Moral, Kant reflexiona sobre la formación del carácter. Dice que el hombre no es por naturaleza un ser moral, pero que llega a serlo cuando eleva su razón al deber y a la ley. Esto se logra modelando el carácter a través del principio del *sustine et abstine*, es decir, el cultivo de la virtud de la tenacidad. Para fundar un carácter moral se necesita enseñar el deber por medio de ejemplos y disposiciones. Tanto los deberes para con uno mismo, que determinan la dignidad, como los deberes para con los demás. En este punto nuestro autor se plantea en términos muy absolutos y dice sin ambages que debiera existir un catecismo del derecho, pues los derechos de los hombres son la pupila de Dios en la tierra.

Esta afirmación, que nos hará entrar en la última parte de este trabajo, esto es, las ideas kantianas sobre la educación religiosa, nos remite a una consideración acerca de la visión de la unificación que Kant logra hacer en aras de la razón práctica. Podemos ver como la religión y la política se unen en el concepto del deber que es, en última instancia, una expresión de la inteligencia. Esto nos remite al concepto de prudencia que Kant plantea, en el que puede verse un dejo de sarcasmo al plantear que esta virtud tan mentada consiste en el arte de poner nuestra habilidad en el hombre, es decir, cómo servirse de los demás para las propias intenciones.

Por último, Kant resume su propuesta de lo que podríamos llamar “educación práctica laica” diciendo que en educación todo estriba en asentar los principios justos y hacerlos comprensibles. Para eso es preferible el conocimiento misceláneo al especializado.

A continuación y como último tema en el ámbito de la educación práctica, Kant reflexiona sobre la educación religiosa. Nuestro autor se muestra partidario del ecumenismo y plantea que la religión es la ley que está en nosotros, esto es, es una moral aplicada al conocimiento de Dios, pero debe suponer una teología. Cuando el sentimiento religioso se manifiesta solo, sin teología, es decir, sin componente racional resulta la situación en la cual los salmos son un narcótico para la conciencia de algunos y un cojín sobre el cual deben dormir tranquilos. La religión debe proceder de la moral y seguir a la teología. Si se funda sólo en la teología nunca podrá contener algo moral.

A propósito de la moral sexual desde la perspectiva religiosa, Kant hace gala de su puritanismo protestante y se manifiesta en contra de la masturbación, que el llama eufemísticamente “voluptuosidad dirigida a sí mismo” con argumentos tan duros que la hace aparecer como antinatural y peligrosa para el orden social. El joven debe esperar al matrimonio para tener relaciones sexuales y así obrar como un buen hombre y un buen ciudadano. Llegados a este tópico, es necesario decir que el buen ciudadano es aquel capaz de descubrir y optar según el valor intrínseco de las acciones, es decir, con una moral ontológica y no instrumental. El buen ciudadano tiene también la sensibilidad y la conciencia social como para entender que la desigualdad civil debe remitir a la igualdad humana. Los hombres son en principio iguales y lo que marca las desigualdades sociales es sólo la diferencia de oportunidades. Hay que descubrir y cultivar eso en nuestra alma que nos hace interesarnos por nosotros mismos, por nuestra gente y por el bien del mundo. Por último, el buen ciudadano es alegre y cultiva el buen humor.

Kant, como buen hijo de su época, aboga por una educación machista en la cual la mujer debe ser educada por su madre y evitarle el acceso a libros mientras estudiamos mejor su naturaleza.

Perdonémosle a nuestro insigne filósofo algo que, desde los supuestos de nuestra cultura nos parece aberrante y concedámosle el habernos regalado una profunda y genial reflexión sobre la educación y la pedagogía elaborada sobre los supuestos de la Ilustración, con un orientación claramente racionalista, enciclopedista y crítica, pero también desde el supuesto del sentido común. Ese sentido común que nos lleva a valorar la simpleza de la vida cotidiana y la capacidad de regular nuestra conducta de acuerdo a nuestras propias concepciones morales.

En una excelente película llamada La Hoguera de la Vanidades, el eximio actor Morgan Freeman encarna a un juez que debe pronunciarse sobre un caso en que todos, absolutamente todos los involucrados, cuál más cuál menos, quieren profitar de la situación llevándose una tajada. Harto de la situación, el juez los despide y les dice: “Váyanse y sean decentes. Y ¿qué es ser decente? Ser decente es lo que les enseñaron sus abuelas”.